La Leyenda del Bosque Blanco

Memorias de Balandria

Luis Baizán

Safe Creative © Todos los derechos reservados

Editado por LDB, 2020

www.luisbaizan.com

Facebook: https://www.facebook.com/luisbaizanescritor/

Instagram: luisbaizanescritor

Twitter: @luisbaizan

A los que protegen nuestro planeta.

— ¿Estás despierta?

No contesté. Todavía me duraba el enfado. Y también la rabia.

Tenía ganas de irme y no volver jamás a Balandria. Apenas me quedaban lágrimas para llorar después de una larga noche pensando en lo que había sucedido.

— ¿Lasha, estás ahí?— insistió.

— Sí— musité a regañadientes—. Déjame sola.

— El viejo me ha dado algo para ti. Es otro libro.

— No quiero nada de él.

— Dice que lo tomes como una disculpa.

— ¿Una disculpa?— repetí tras levantarme de la cama y cruzarme de brazos—. Necesita mucho más que una de las memorias para que lo perdone.

— Lo dejo en el soportal. Que tengas un buen día. El mar está en calma y quiero aprovecharlo para intentar pescar algo.

Mi cabaña no era más grande que las demás. Quizá un poco más ordenada, eso sí, porque yo me encargaba de que todo tuviera un poco de armonía dentro de aquellas cuatro paredes de madera. Estaba bien iluminada. Las ventanas se hallaban orientadas al este y la claridad del sol me saludaba cada mañana.

Aparte de mi lecho en alto y un par de estanterías colgantes, no tenía nada más.

Caminé de un lado a otro, descalza, una y otra vez. El suelo estaba tan frío que apenas me sentía los pies. Pero no me importaba. Estaba demasiado dolida como para preocuparme de pillar un buen resfriado.

Miré mi bolsa. Dentro tenía un sayal de abrigo y un poco de pan.

— Si me voy ya, llegaré a casa por la noche— murmuré decidida.

Me senté en la cama y calcé mis botas. Después tomé algo de pan, pues tampoco quería viajar con el estómago vacío. Pero apenas tenía hambre. Solo deseaba marcharme de allí.

Recogí mi bolsa y abrí la puerta. Al hacerlo tropecé con un libro blanco. No era más grande que la palma de mi mano.

— ¡No voy a leerlo!— grité con ganas mientras lo saltaba para dejar el lugar.

Entonces oí un extraño susurro y algo hizo que me detuviera. El murmullo había salido del libro. Estaba segura. Giré mi cabeza y me agaché a por él.

Sus tapas eran suaves. Tanto como la piel de un bebé.

— No voy a leerlo— repetí de nuevo.

El libro tembló entre mis dedos y soltó un nuevo susurro. Miré a los lados. No había nadie.

— Déjalo en el suelo y sal de la ciudad— dije en mi cabeza para intentar convencerme a mí misma.

Pero había pasado demasiado tiempo leyendo memorias en Balandria como para menospreciar una de ellas, que además se esforzaba por llamar mi atención.

Contra toda mi intención de abandonar la ciudad, solté mi bolsa en el suelo y abrí el libro. Las primeras letras brotaron del blanco en su primera página:

— *Nadie se adentra en el Bosque Blanco sin una buena razón*— comencé a leer—. *Es fácil rodearlo: hay muchas veredas para hacerlo.*

En un abrir y cerrar de ojos, perdí el conocimiento. Cuando lo recobré de nuevo, me vi en un camino de montaña. Ya no estaba en la ciudad de las mil memorias. El libro me había engullido.

No sentí frío, pues un abrigo de color verde con caperuza ocultaba mi cuerpo.

— Te aconsejo que no tomes la senda— habló una vocecilla a mi derecha.

Se trataba de una anciana. Estaba sentada al pie de un árbol con cuatro cestos repletos de manzanas.

— ¿Son tuyas?— pregunté con torpeza.

— ¿Acaso crees que las he robado, muchacha?

— No, no lo creo. Es que son muchas y no veo ningún carro con las que poder portearlas hasta aquí.

— ¿Y ahora encima piensas que no valgo para acarrear cuatro sacos de manzanas?

— Disculpe— aclaré—. Me he dejado llevar por su apariencia.

— Disculpas aceptadas. No estoy dispuesta a enzarzarme en una discusión con la primera persona que pasa hoy.

Miré hacia delante. Un caminillo se adentraba en un bosque de espigados árboles, casi sin hojas. Una bruma lo ocupaba todo.

— ¿Qué oculta ese bosque?

— No quiero saberlo— respondió la mujer—. Solo sé de lo que cuentan.

— ¿Quiénes?

— Aquellos que no han estado ahí dentro.

— ¿Entonces cómo saben que no es conveniente entrar?

— Hay una leyenda, muchacha.

— Las leyendas son cuentos inventados— me apresuré a decir.

— Aun así, no te aconsejo ir por ahí. Puedes rodear el bosque.

Observé las manzanas. Tenían una pinta estupenda.

— ¿Cuánto cuestan?— pregunté.

— La primera, nada. Te la regalo. Si te gusta su sabor, son dos monedas de cobre por cada diez piezas.

La anciana extendió su brazo hasta una cesta y recogió una manzana. Después me la ofreció.

— Gracias.

— No hace falta que la limpies, acabo de enjuagar todas en el río.

Llevé la manzana hasta mi boca y le di un mordisco. Estaba buenísima. Su sabor era tan dulce como la miel de un panal.

— Está riquísima— manifesté después de un segundo bocado.

La vieja empezó a reírse. Tan exageradamente que me inquietó.

— ¿Por qué se ríe de esa forma? ¿Acaso le hace gracia mi forma de…

No hube terminado de hablar cuando un dolor intenso recorrió mi cuerpo desde los pies hasta la cabeza. Entonces me encogí y cerré los ojos de sufrimiento. Sentí que mis brazos y piernas comenzaban a pesar. Tanto, que parecía estar enferma.

— Me duele…— dije tras caer de rodillas frente a la anciana.

— Abre los ojos.

Hice como aquella mujer me ordenó y grité de espanto al comprobar que ésta había tomado forma de joven, ahora parecía una hermosísima dama. Después sacó un espejo y lo puso frente a mí. Contemplé que mi rostro había envejecido.

— Mi piel— musité al ver que estaba completamente arrugada.

— Te has dejado llevar por tus ojos de muchacha ignorante, haciendo un juicio sobre mí que no corresponde.

Mi corazón corrió como cuatro caballos a galope, pero pronto recordé que todo aquello no estaba ocurriendo en realidad y saldría de aquella memoria tarde o temprano.

Respiré con calma.

— ¿Cómo puedo recuperar mi juventud?

La mujer señaló el interior del Bosque Blanco. Luego añadió:

— Si sales de él, antes de anochecer, recuperarás tu forma natural.

El dolor desapareció y me levanté con mucho esfuerzo. Luego comencé a caminar. Al principio no me costó hacerlo, pero después sentí debilidad, ya que noté como el aire me faltaba.

— Estoy fatigada y solo acabo de cruzar la entrada— susurré tras deambular un tiempo.

Después de dar diez pasos más, me detuve y senté sobre un tocón. Recuperé el aliento.

No puedo decir que el bosque fuera bello, pero tampoco despertaba fealdad. Las copas de los árboles se perdían entre la niebla y los pocos matorrales que había se juntaban a los pies de los troncos. Cada cierto tiempo, un mirlo pasaba sobre mi cabeza para avisar de mi presencia a los demás habitantes del bosque. Su canto me fascinaba.

— Debo seguir— pronuncié dentro mi cabeza.

Me apoyé en una rama, tirada junto a mí, para levantarme y continué la marcha. Así tomé un caminillo que pronto me condujo hasta un riachuelo. Allí volví a sentarme.

— ¿Sabes cantar?— preguntó alguien frente a mí.

Pero por más que me esforcé, no encontré el origen de la voz. Su tono era grave y preocupado.

— ¿Dónde estás?

— Aquí, en el río— contestó.

Agucé la vista y observé un sapo de color azul que salía de las aguas, chapurreando palabras sin sentido.

— No puede ser— traté de convencerme.

— ¿Sabes cantar?— insistió mientras daba saltitos hacia mí—. Las ninfas nocturnas lo hacen de madrugada. ¿Eres una ninfa nocturna?

Cuando estuvo a mis pies, lo recogí del verde y aproximé hasta mi cara. Era muy feo, pero su voz ronca me hacía gracia.

— Mi nombre es Lasha. Y no, no soy una ninfa nocturna.

— Entonces deja que adivine, ¿eres una dríada?

— Tampoco. Soy una mujer humana.

— ¿Una mujer humana?— cuestionó asustado—. ¡Una mujer humana!

El animal giró y saltó de mis manos, regresando al suelo.

— ¿Qué ocurre? ¿No te gustan los humanos?

— Los humanos no deben pisar este bosque— afirmó entretanto volvía al río—. Algo muy malo les ocurre si lo hacen.

— ¡Espera!— grité a la vez que me levantaba para acercarme.

Cuando llegué a las aguas, el sapo ya no se hallaba allí.

Entonces volví al caminillo y proseguí mi marcha. Si perdía de vista la senda marcada, correría el peligro de no salir jamás de aquel lugar.

Al cabo de un rato, encontré un pequeño claro junto a la vereda y me recosté sobre su hierba para volver a descansar. El suelo era tan cómodo cual lecho de plumas.

— Podría dormir una siestecilla aquí mismo— susurré.

— Yo no haría eso— me advirtió una voz.

Di un brinco del susto. Luego escuché unas pisadas a mi alrededor.

— Soy una pobre anciana que necesita descansar.

— ¿Qué haces en este bosque, humana?

Una sombra emergió delante de mí. No tenía forma, pero me aterraba.

— No creas que estoy aquí por voluntad propia.

— ¿Y qué importa eso?

— Fui obligada a entrar para recuperar el tesoro más preciado que poseo— me expliqué.

— Te han engañado. Ningún humano puede salir del Bosque Blanco.

Abrí mi boca de asombro.

— ¿Y por qué razón no iba a hacerlo yo?— pregunté desafiante.

— Porque la bestia te encontrará primero.

— La bestia me encontrará primero— repetí con desdén.

— Además de pobre y anciana, eres tan necia como el resto de los humanos— añadió mientras se alejaba hacia el interior del bosque—. No me extraña que vuestra presencia en el Bosque se encuentre prohibida. Sois una raza despreciable.

Tras observar cómo desaparecía entre la bruma, regresé a la vereda y caminé. Medité en mis palabras, llenas de bravura y arrogancia, solo porque sabía perfectamente que todo aquello no era real y solo me hallaba leyendo un libro.

Comenzó a hacer calor y me entraron ganas de comer algo. Ya debía ser mediodía. Cesé mis pasos y observé todo mi alrededor. Algo habría por allí que pudiera llevarme a la boca.

— ¡Cerezas! — exclamé al descubrir un bello cerezo.

El árbol estaba casi oculto en la maleza, por lo que me resultó difícil llegar hasta él. A pesar de todo, el esfuerzo mereció la pena: aquellas cerezas estaban buenísimas.

— ¿A quién le has pedido permiso para tomarlas?— demandó una figura a mis espaldas.

Se trataba de una mujer enana, con el rostro encendido y portando un hacha de hoja oxidada.

— Usted perdone— me disculpé.

— Eres una ladrona. Me he llevado cuidando el cerezo todo el invierno para que vengas tú y te las comas.

— Tengo hambre.

— Y muy poca vergüenza— espetó mientras me agarraba de la muñeca y tiraba de mí con una fuerza espantosa.

— Me haces daño— advertí.

— Te lo hubieras pensado antes.

La mujer recogió una cuerda del suelo y me ató a un árbol por la cintura. Apenas pude resistirme.

— Perdone mi ofensa— insistí—. Pero debo irme. Suélteme, por favor.

— ¡Espero que te devore la bestia, ladrona!— gritó antes de regresar a sus quehaceres y desaparecer de mi vista.

Debieron pasar horas hasta que una criatura extraordinaria se acercó a mí. De la cintura a la cabeza, era semejante a un hombre, pero desde la ahí hacia abajo, parecía un caballo.

— No te asustes— indicó—. Soy un centauro noble que solo quiere aliviar tu castigo en este bosque.

Aquella criatura desató los nudos de la cuerda y me ofreció agua.

— Gracias.

— Supe de tu presencia en el bosque por el sapo. Hace mucho tiempo que ningún humano se atreve a entrar aquí.

— No es que lo haya decidido yo— aclaré—. Pero debo encontrar la salida.

— Vas por buen camino. Si continúas la senda, llegarás a la linde mañana, justo antes del amanecer.

— ¿Mañana?— cuestioné boquiabierta—. No tengo tanto tiempo. Si la noche cubre el bosque, perderé mi juventud para siempre.

— Siento no poder ayudarte.

— ¡Pobre humana!— dijo una vocecilla sobre nuestras cabezas.

Sin darnos cuenta, un cuervo rojo se había posado en una rama.

— ¿Desde cuándo estás ahí?— demandó el centauro.

— Desde hace un buen rato— contestó el pájaro.

— No tengo nada que ver con ella— trató de excusarse la criatura que me había liberado—. Solo sentía curiosidad por verla de cerca.

— ¿Crees que soy un mirlo chivato?— manifestó el ave—. Los cuervos rojos somos muy diferentes a los cuervos negros.

— Disculpa mi juicio, pero un cuervo es un cuervo— replicó el centauro.

Mientras discutían, aproveché para reemprender mi camino. No estaba dispuesta a perder más tiempo. Y no pararía hasta ver los límites del bosque. Aunque cayera muerta en el intento.

Dejé atrás cinco arboledas y cuatro prados. Caminé y caminé sin descanso. No me crucé con ningún ser hasta llegar a una fuente que dividía el camino en dos.

Era un manantial de agua cristalina con dos figuras aladas de piedra que servían de adorno.

— ¿No es preciosa?— preguntó una sombra gigantesca tras ella.

— ¿Eres tú, la bestia?— demandé al contemplar su horrible aspecto, que ya asomaba desde su escondite.

— Yo soy, humana— respondió tras mostrarse por completo—. ¿Acaso pensabas que podrías marcharte del Bosque Blanco?

Aquel monstruo era sobrecogedor. Tenía cuerpo de hombre y cabeza de toro. Medía tres veces mi altura y sostenía entre sus manos un arco.

— Déjame marchar— supliqué.

— ¿Por qué tendría que hacer tal cosa?

— Porque nunca fue mi intención adentrarme en este lugar— dije temblorosa—. No me consideres una amenaza.

— ¡Los humanos siempre sois una amenaza!— gritó mientras se aproximaba hasta mí—. El hombre destruye todo a su paso. No me hables de malas o buenas intenciones porque yo mismo he visto lo que sois capaces de hacer: cazáis sin descanso y taláis demasiados árboles para vuestro capricho.

— Es cierto— admití—. El hombre es capaz de destruir ciudades y quemar montañas enteras. Puede llegar a matar, incluso, solo por disfrute. Pero no seré yo quien te pida perdón por ello, ya que no soy de igual condición.

— ¡Tú también eres despreciable! — rugió antes de sacar una flecha de su carcaj y lanzarla sobre mí.

Cerré los ojos y abrí los brazos. Aquella saeta me llevaría por fin a Balandria. Pero no ocurrió así.

El centauro, que había conocido unas horas antes, brotó de la maleza y se cruzó entre la flecha y mi pecho.

— ¡Sube a mi lomo!— exigió dolorido—. Te sacaré de aquí.

La punta de la flecha se había clavado en su cuello y sangraba mucho.

Entonces la bestia sacó otra saeta y, justo cuando fue a lanzarla, el cuervo rojo, que había permanecido oculto, picoteó sus ojos.

Aproveché la confusión para obedecer al centauro y me subí a su grupa.

— ¡Rápido!— clamó el ave—. Mis alas no resistirán mucho tiempo este revoloteo.

El centauro salió al galope y pronto dejamos a la bestia muy atrás.

— Gracias— musité en sus oídos.

La criatura no dijo nada, pero sentí que sufría demasiado. No solo por mi peso, sino también porque perdía mucha sangre.

Recorrimos gran parte del camino hasta que el sol comenzó a caer, fue entonces cuando al fin divisé la linde del Bosque.

— Hemos llegado, anciana.

Pasamos del galope al trote y del trote al paso.

— Es suficiente— declaré—. Seguiré a pie.

La criatura se agachó y me posé en el verde.

— Date prisa, casi es de noche.

— Ven conmigo— le propuse agradecida—. Curaremos esa herida.

— Pertenezco a este bosque. Es mi hogar. Además, no existe galeno que cure esta herida. Su punta lleva veneno negro.

Un par de lágrimas recorrieron mis mejillas.

— Gracias— dije una vez más, antes de darme la vuelta y dirigir mis pasos a la salida del bosque.

Caminé sin mirar atrás, pues no deseé ver cómo padecía.

Y así, justo cuando las estrellas surgieron en el cielo, abandoné el Bosque Blanco. Mi piel rejuveneció y sentí nuevas fuerzas. Volví a ser la misma.

— Jovencita— me llamó alguien desde un lado del camino—. ¿Quieres probar una?

Era la anciana con sus cuatro cestos de manzanas.

— No tengo hambre— contesté sonriendo—. Pero, ¿podría prestarme su espejo?

La mujer se agachó, tomó el objeto de un costal y me lo extendió para que lo cogiera.

— Ahora me gustaría volver a la ciudad— rogué mientras observaba mi reflejo en aquel espejo.

Cerré los ojos y el aire cambió. Cuando los abrí otra vez, estaba sosteniendo el libro frente a mi cabaña, de nuevo en Balandria.

También era de noche allí. Aunque las estrellas no daban todo su brillo; nubarrones negros las tapaban.

— Está a punto de llover— señaló el viejo, brotando de la oscuridad a mis espaldas.

— Me has asustado— dije tras darme la vuelta.

— No lo he querido así.

— Es una buena historia— sentencié mientras le devolvía la memoria.

— ¿Cómo te libraste del minotauro?

— Algunas criaturas me ayudaron— respondí con ojos llorosos.

— A pesar de todo, la naturaleza cree todavía en el hombre.

— ¿Sabes cuál es nuestro mayor defecto?— le pregunté.

— ¿Cuál?

— Que nuestra arrogancia nos hace creer que podemos controlarlo todo. Que la propia naturaleza puede someterse a nuestro antojo.

— Y ella misma, con su ejemplo, nos da lecciones cada día— añadió.

— Pero no somos capaces de verlo.

Bajé mi rostro y recogí la bolsa del suelo.

— ¿Te marchas?

— Quizá mañana— respondí apenada.

Una fina lluvia comenzó a caer.

El viejo volvió sobre sus pasos y yo regresé a mi cabaña.

Antes de guarecerme en el lecho, miré por la ventana y observé una pequeña figura sobre el tejado de la casa que tenía enfrente. Era un cuervo.

Froté mis ojos, incrédula, y volví a mirar. No había nada.

— Necesitas dormir, Lasha— musité cansada.

Si te ha gustado este relato, puedes encontrar más en mi web:
www.luisbaizan.com

Que el destino te sea grato.